

Oportunidad histórica

Nuestro país se halla frente a una de las mayores oportunidades de su historia para que la enorme competitividad de sus alimentos brinde un impulso decisivo a la reconstrucción de su estructura productiva y de su entramado social y sociocultural.

Las grandes ventajas comparativas para la producción de alimentos que nos caracterizaron históricamente, se han unido al logro de uno de los niveles de productividad más elevados del mundo y a un proceso global caracterizado por el ingreso de cientos de millones de habitantes de Asia al consumo sostenido de proteínas, que caracterizará los mercados mundiales por los próximos años. Se añade el creciente uso de los biocombustibles y el desafío de la utilización de materias primas no alimentarias con fines energéticos y los biocombustibles de segunda generación, abriendo un espectro de posibilidades que contribuyen a preservar la seguridad alimentaria y la sustentabilidad ambiental.

Aprovechar adecuadamente esa firme demanda exige tener objetivos claros y desplegar esfuerzos en múltiples direcciones. En esa variada nómina figuran, entre otras metas:

- Lograr un desarrollo territorial equilibrado, sostenible y con inclusión social.
- Mejorar la competitividad sectorial.
- Armonizar las exportaciones y el consumo doméstico.
- Acompañar el progreso tecnológico, productivo y comercial de las cadenas de valor, con la actualización permanente de su marco legal.
- Alentar el proceso de innovación tecnológica.
- Lograr la inclusión efectiva de la Agricultura Familiar en el proceso productivo y comercial.

- Impulsar la articulación dentro de las cadenas alimentarias y agroindustriales.
- Fomentar el agregado de valor y la diferenciación de productos.

Además, todo lo que se haga en esa dirección tiene que ser enmarcado por el criterio de que la conservación y el uso sustentable de los recursos naturales destinados a la producción son estratégicos para las generaciones actuales y futuras, así como para el desarrollo sostenible del país, tanto desde el enfoque productivo, como desde el económico y el social.

Esas sendas se vienen recorriendo, y lograr que las pequeñas y medianas empresas agroalimentarias -grandes generadoras de empleo en todas las regiones del país- se integren al proceso de crecimiento y alcancen las condiciones de competitividad que requieren los mercados no es un imposible. Sólo que el desafío es permanente y requiere empeño, claridad y convergencia creciente entre los sectores público y privado.

El principal desafío es consolidar un proceso de transformación que permita crecimientos sustanciales de productividad y de empleos, así como la obtención de saldos exportables con mayor valor agregado por unidad de producto y el desarrollo sostenido de la agroindustria dentro de una sociedad que democratiza los conocimientos y reduce las asimetrías entre los distintos estratos de productores y agentes de las cadenas productivas.

Trabajar por esos objetivos va más allá de las políticas sectoriales y se inscribe en un marco de mayor trascendencia: renovar y armonizar la estructura económica y social de la Argentina, y cumplir con las generaciones venideras.